

Abreviaturas

ACDA	Archivo Casa Ducal de Alba
ACDMS	Archivo Casa Ducal de Medina Sidonia
AGI	Archivo General de Indias
AGS	Archivo General de Simancas
AHN	Archivo Histórico Nacional
AHPS	Archivo Histórico de Protocolos de Sevilla
APM	Archivo de Protocolos de Madrid
BN	Biblioteca Nacional
BPR	Biblioteca del Palacio Real
BSLE	Biblioteca de San Lorenzo de El Escorial
RAH	Real Academia de la Historia

Prólogo

Desde que llegué a Estados Unidos, hace ya un cuarto de siglo, noté que en las clases y en los libros de historia de este gran país toda la historiografía estaba orientada hacia la herencia angloprotestante. Ni siquiera en los estados del sur se percibía una clara reivindicación de la herencia hispana.¹ Pero no solamente se pasaba por alto tan importante legado sino que las pocas veces que aparecía tenía un tinte negativo. Eran muy pocos los españoles que se salvaban, aparte del padre las Casas, el explorador jerezano Alvar Núñez Cabeza de Vaca (del que acabé haciendo mi tesis doctoral) y algún misionero más.² Las mujeres no solamente no eran mencionadas sino que su presencia en este continente era sencillamente negada: «Los españoles vinieron solos». Afortunadamente las cosas han cambiado para bien en los últimos años. Mi primer trabajo escrito sobre mujeres españolas en América apareció en 1993³ y versa sobre esclavas españolas en el Nuevo Mundo, un tema que me resulta fascinante, del que he venido trabajando desde entonces y del que todavía hay mucho que escribir.⁴

Para empezar, decir que en el presente libro no está incluida la extraordinaria aportación de la mujer portuguesa en la expansión ultramarina protagonizada por este pequeño gran país hermano. Hubiese sido de mi agrado poder profundizar más en todas aquellas mujeres lusas que participaron en la expansión portuguesa del Brasil, Africa y Asia pero esta investigación, que ya ha sido realizada en parte por otros, se sale de los límites de este trabajo.⁵ Así recoge el cronista Juan de Castellanos el valor de una mujer portuguesa, sin dejarnos su nombre, en un enfrentamiento contra los indios de Maracaibo en Venezuela. A ella se unieron otras muchas que ni siquiera son mencionadas.

Otro gran escuadrón por hacer presa
A puerta de un buhío se abalanza,
Mas una mujer fuerte portuguesa
Arrebató en las manos una lanza,
Y lo hizo volver mal que le pesa
Con harto más desorden que ordenanza,
Y en el conflicto hizo por su parte
Lo que pudo hacer el fiero Marte

(Castellanos, Parte 1, Elegía 1, Canto 3, 203).

En los últimos años ha habido un renacer de estudios dedicados a la mujer hispana incluyendo la aportación de la mujer española (negra, mulata y mestiza) e indígena du-

1. Nuevo México sería la más notoria excepción. Efectivamente, todo lo sucedido anteriormente a la llegada a Jamestown y al viaje del Mayflower no ha tenido mayor importancia.

2. Paradojicamente para mí, resultó uno de los personajes más siniestros a la vez que interesantes de estos tiempos.

3. Véase, «Esclavas españolas en el Nuevo Mundo: una nota histórica».

4. En estas páginas aparecerán algunos fragmentos de artículos ya publicados anteriormente por mí.

5. Boxer, C. R. *Women in the Iberian Expansion Overseas, 1415-1815*.

rante los primeros años de la conquista de América. Gracias a estos trabajos y a la labor investigadora de pioneros en este tema, muchas mujeres se han salvado del olvido y de una casi segura amputación histórica. Entre los primeros investigadores, que ya desde el siglo XIX han tratado este tema, podemos destacar a José Toribio Medina, Fernández Duro, O'Sullivan-Bearé, Konetzque, Acosta de Samper, Borges, Villafañe, Muriel, Ots Capdequí, Lockhart, y más recientemente y con más o menos fortuna, López de Mariscal, Pla, Delamarre, Sallard, Vega, y un servidor entre otros. Ya escribía hace casi una década en mi libro *Women in the Conquest of America* (1997), cómo muchos de los textos del canon histórico actual (escritos en inglés) han negado la presencia femenina hispana en América. Afortunadamente, gracias a la labor realizada recientemente, el proceso contrario resulta irreversible a pesar de que todavía estemos en la superficie de la investigación de un enorme material que queda por descubrir en los diferentes archivos públicos y privados de todos los rincones del mundo que hablan la lengua que estas mujeres enseñaron.⁶ De igual manera, se han escrito en los últimos años numerosos y muy buenos trabajos sobre la mujer renacentista y su contribución socio cultural en el desarrollo de la Edad Moderna. Esta tendencia sigue vigente y confío en que pronto el *corpus* acumulado sobre la mujer de esta época tenga una relevancia tal que no se pueda obviar a la hora de presentar la historia de este periodo. Dicho esto, considero que el presente trabajo es el más documentado hasta la fecha que conozco sobre este tema.⁷ Existen también asociaciones culturales dedicadas al estudio de la mujer hispánica que están aportando un caudal enorme de información.⁸ Resulta sin embargo necesario destacar que buena parte del trabajo escrito se basa en documentación impresa y muy poca en documentos manuscritos originales. Esta ha sido la causa de que la mayor parte de las investigaciones y publicaciones de los últimos años se hayan centrado en los mismos personajes: Sor Juana Inés de la Cruz, María de Zayas y Sotomayor, Catalina de Erauso (la monja alférez), Teresa de Cartagena y la Malinche. Esta tendencia está cambiando y ahora están empezando a aparecer trabajos con una base documental inédita importante.⁹

Aunque suene prosaico decirlo, muchas veces se quiere ver la historia como si de un campeonato de fútbol se tratase, una contienda entre vencedores y vencidos, entre buenos y malos, explotadores y explotados. A menudo son los gobiernos de turno de nuestros países y autonomías los que crean una historia «nacional» que se queda raquítica a la hora de hablar de la dimensión y proyección universal que ha tenido la mujer iberoamericana. Cuántas veces nos encontramos a españoles que nunca han pisado suelo americano y cuyos antepasados jamás se aventuraron a salir de su pueblo ni a cruzar ningún mar ni océano que hablan a voz en grito, levantando su copa como si de

6. La extraordinaria labor de catalogación de manuscritos del antiguo Archivo de Protocolos de Sevilla que ha realizado el Instituto Hispano-Cubano de Historia de América merece el mayor respeto. Una labor silenciosa y ardua alejada de todo protagonismo académico que ha conseguido dar a conocer infinidad de documentación relacionada con América y con todos aquellos hombres y mujeres que tuvieron algo que ver con lo acontecido al otro lado del Atlántico.

7. De los realizados sobre la presencia de españolas en ultramar en los siglos XV y XVI.

8. La Asociación de Escritoras Españolas y Americanas (AEEA), por ejemplo. Igualmente se han organizado congresos internacionales sobre la mujer colonial en Cuba (Casa de las Américas), Honduras, Estados Unidos, etc.

9. Véase, *Women, Text and Authority in Early Modern Spanish World*. Edited by Marta V. Vicente y Luis Correguera.

una espada se tratase, de cómo se conquistó México a los aztecas, Perú a los incas o de cuándo «cruzamos» las selvas del Brasil y la inmensidad del Pacífico. En contrapartida, cuántas veces nos encontramos a hispanoamericanos que hablan de la increíble crueldad de los españoles cuando corre por ellos la sangre de aquellos que critican y que no son otros sino sus antepasados. O de angloamericanos que critican a ambos sin darse cuenta de que el elemento indígena nacional de Estados Unidos se reduce a un «detalle erudito» en su demografía y que además hasta el día de hoy se les insulta como «borrachos» y «vagos» porque viven en sus reservas como si de un campo de concentración se tratase.¹⁰

Pero la historia no es un partido de fútbol en donde la mayoría se asocia con los «ganadores» o «buenos», por eso de que «las derrotas son huérfanas y las victorias tienen muchos padres», tal y como queda reflejado en la opinión y adhesión que se tiene a personajes que han pasado de héroes a villanos, v.g: Colón, Cortés, Las Casas, etc. La historia de la expansión de los pueblos ibéricos por todo el orbe pertenece a todos los que hoy hablamos alguna de las lenguas que estos hombres y mujeres trajeron. Por eso es importante conocer los dos lados del Atlántico,¹¹ para así darnos cuenta de que la fuerza del idioma y la cultura es más fuerte que cualquier otra característica de un pueblo. Ya lo decía el creador de la primera gramática española en 1492: «nación, gente que por lengua se distingue». Cuando el presidente argentino Hipólito Yrigoyen en 1917 declaró el día 12 de octubre como día de la «raza», conmemorando la llegada de Colón a tierras americanas, creó algunos problemas diplomáticos. La que fuera primera mujer hispana premio Nobel Gabriela Mistral, a la sazón cónsul de Chile en España, repitiendo lo que ya había dicho Unamuno dijo que lo que une a los pueblos hispanos no es la raza sino su lengua. En otras palabras: «mi patria es mi lengua». El instrumento que nos permite transmitir nuestros sentimientos es la lengua con la que se nos ha criado desde el momento de nacer y no las oscuridades protoplasmáticas como diría Ramiro de Maeztu, de padre vasco y madre inglesa. Esta es la historia de las mujeres que dejaron la península ibérica hace quinientos años, dando nacimiento a muchos pueblos que hoy siguen hablando y manteniendo la lengua y costumbres de estas adelantadas.

Han pasado ya más de quinientos años y sus voces han permanecido apagadas, mudas; para la mayoría nunca existieron porque en su mayor parte no dejaron ni su nombre en los anales de la historia. De igual manera que el oxígeno sube a la superficie del agua, la verdad hace acto de presencia tarde o temprano. El hecho es que ellas siempre estuvieron ahí y no solamente en un segundo plano como muchos quieren pensar, sino en la vanguardia de una sociedad naciente. Sus aspiraciones, deseos y sueños quedaron la mayor parte de las veces apagados, a la sombra de una sociedad rígida en sus principios religiosos, poco flexible con la mujer y poco dispuesta a aceptar cambios en cuanto a la libertad física e intelectual de éstas. No obstante, aunque su voz débil haya quedado depositada en oscuros y polvorientos rincones de archivos eclesiásticos y de algunas bibliotecas, sus hechos fueron fuertes y su herencia sólida y clara en todo lo que supuso el establecimiento y creación de una nueva sociedad simbiosis de la española con las amerindias.

10. Si descontamos a los estados de Nuevo México y Arizona, que fueron españoles muchos años y en donde los nativos tuvieron un tratamiento mucho más «cristiano» que en los demás estados, la población indígena en Estados Unidos apenas llega al 0.6% por ciento.

11. No se puede ignorar ni mucho menos la presencia hispana en el Pacífico.

Vale la pena mencionar, aunque sea de paso, que la información existente en España e Hispanoamérica, tanto en los archivos de casas privadas como en los pertenecientes al Estado, es francamente formidable. La mayor parte de esta documentación está sin catalogar, lo que permite suponer la existencia de una gran cantidad de información adicional que aún no se encuentra a nuestro alcance y que irá saliendo a la luz a medida que el interés en la materia, el tiempo y los recursos económicos lo permitan. También hay que decir que el penoso estado en que se encuentran muchos de estos documentos y el poco esfuerzo que se hace por digitalizarlos hará que, debido al trabajo continuado con originales, se desmenuce y pierda una parte importante de estos.

Ya en la segunda mitad del siglo XVIII Martín Fernández de Navarrete, el gran erudito español en temas de viajes y descubrimientos, se quejaba del desorden en que se encontraban muchos archivos y de cómo muchos de sus documentos se vendían en otros países en pública subasta. No pasarían muchos años más para que las tropas napoleónicas volviesen a sembrar el caos en todos los archivos de la península a raíz de la guerra de la independencia. A pesar de todo, Navarrete siguió incansablemente su labor, quejándose con tristeza de la desaparición de documentos: «¡Con cuánto dolor hemos visto las relaciones de viajes de algunos navegantes españoles, sacadas más de cincuenta años ha de los archivos generales, vendidas en almonedas públicas, ir a parar a naciones émulas de nuestra gloria y rivales de nuestro poderío!» (1: 33-34) Al mismo tiempo Navarrete se dedicó a promover la investigación y la catalogación de los documentos que hoy están a nuestro alcance. A título personal yo añadiría, sin quitar la culpa a las tropas napoleónicas y a otras naciones, que el enemigo principal está en la resistencia que existe en digitalizar y catalogar estos documentos, ya sea por negligencia o por dedicar los fondos culturales a otro tipo de gastos que en la mayor parte de los casos son de carácter mucho más frívolo. Por otro lado, sería injusto no mencionar que existen en España una serie de archiveros que son un modelo de profesionalidad y maestría en el trabajo que desempeñan.

[A]llí están los manantiales puros de la historia de España de los cuatro últimos siglos...y que por negligencia, pereza o falta de reflexión han desatendido muchos escritores, contentándose con prestar incautamente su buena fe a autores extranjeros, que por lo común escriben con suma parcialidad, y frecuentemente equivocan y trastruecan no sólo los hechos, sino hasta la nomenclatura material de nuestros pueblos y de los nombres y apellidos de nuestros personajes (1: 33-34).

Esta es la historia de ellas, de las mujeres de ambas orillas, de las indias que se casaron con españoles, de las españolas que llegaron sin casar, de las que llegaron casadas...Y éstas son las voces de algunas de ellas, personajes reales y paradigmáticos sacados de documentos de la época:¹²

Leonor de Nájara, india dice

Que es natural de esta tierra, y que fue mujer legítima de Pedro Moreno de Nájara, difunto, el cual pasó a esta Nueva España con Pánfilo de

12. En el siguiente caso sacadas del *Diccionario de conquistadores y pobladores de Nueva España* de Francisco Icaza.

Narváez, y se halló en la conquista de ella, del cual tiene cuatro hijos e una hija, y que está muy pobre y padece necesidad; y los oficiales de Su Majestad no cumplen con ella lo que Vuestra Señoría Ilustrísima mandó (Icaza 1: 124).

Leonor de Nájara personifica a la madre de la nación mexicana moderna al igual que muchas otras indias que, al casarse con españoles, crearon el fundamento de lo que será el pueblo hispanoamericano. Los burócratas de la época, los oficiales de Su Majestad, sirvieron al parecer de modelo. Así, Catalina de Cáceres, india, dice: «Que fue mujer legítima de Pedro Borges, uno de los primeros conquistadores que fueron de esta ciudad de México y Nueva España, el cual falleció y le dejó muchos hijos; y muy pobre y padece extrema necesidad» (1: 125). Catalina de Cáceres fue también india y «mujer legítima» como muchas otras al casarse con aquellos que vinieron a conquistar y que fueron a su vez conquistados de por vida, acabaron compartiendo hijos y dando comienzo a una cultura que pasará a ser universal, racial y culturalmente. Personifica además la situación económica que muchas mujeres de conquistadores tuvieron que pasar al heredar, en muchos de los casos, más deudas que «oro».

Antonio de Carranza y Ana de Carranza, mestizos, dicen

Que ellos son hijos de Pedro de Carranza, uno de los primeros conquistadores de esta ciudad de México y Nueva España, el cual tuvo en encomienda los pueblos de Guatepec y Tepeye, y le fueron quitados sin ninguna causa, y que la dicha Ana de Carranza, es de edad de trece años, y son pobres, y Gonzalo de Ecija los tiene en su casa; por amor de Dios suplica a Vuestra Majestad Señoría ilustrísima se acuerde de ellos (Icaza 1: 142-43).

Antonio y Ana Carranza, hijos de España y América, personificarán la unión espiritual y física de una unión violenta en su principio, donde el amor y el odio de dos razas pasarán a tener como fruto el mestizo, legítimo heredero por partida doble ya que «por parte de las madres es suya la tierra y que sus padres la ganaron y conquistaron» (Miró Quesada 15).

Isabel Gutiérrez,

No declara de dónde es natural, ni cuya hija; y que es vecina de la ciudad de los Angeles, y fue mujer de Jerónimo de Cáceres, el cual fue conquistador de esta Nueva España, y fallecido, se casó con un Juan López de la Cerda, cuya mujer al presente es, el cual está ausente de la dicha ciudad; y que tiene un hijo, y que hace doce años que pasó a esta Nueva España, y tiene su casa poblada (Icaza 1: 167).

Isabel Gutiérrez personificará a la española anónima, aventurera muchas veces, que no tendrá reparo en cruzar el océano y pasar penalidades con tal de ir en busca de aventuras, amores y esperanzas, siempre al lado de los suyos en las alegrías y en las adversidades, pero enemiga feroz con los adversarios cuando estos suponían un riesgo para su gente. Isabel, como muchas otras, tuvo que terminar sus días pobre, con hijos y separada de un marido ocupado en los menesteres de la guerra y no siempre fiel en las promesas del amor.

Guiomar Marmolejo, dice

Que es de edad de tres años, y que es hija legítima de Antonio Marmolejo, conquistador de esta ciudad de México y Nueva España, y en todo ello sirvió a Su Majestad; y que es su tutor Alonso del Castillo.¹³ Guiomar Marmolejo personificará el fruto de un romance entre una bella nativa y un desafortunado soldado que dejó su vida, como muchos otros, luchando por una causa que, de todo corazón, consideraba justa, porque así se lo enseñaron y porque su obligación era la de cumplir órdenes. Guiomar quedará en las manos de un amigo fiel del padre que no permitirá que la hija huérfana de su mejor amigo quede sin protección y amparo.

María Corral

No declara de dónde es natural, ni cuya hija, y que fue mujer primera vez de Diego de San Martín, uno de los primeros conquistadores y descubridores de esta Nueva España, el cual falleció, y le quedaron de él dos hijos legítimos, y casó segunda vez con Antonio de Gutiérrez, conquistador así mismo de esta Nueva España, el cual así mismo falleció sin dejar hijos, teniendo encomendado el pueblo, la mitad de él de Imizquiaguala, y Vuestra Señoría permitió que de la dicha mitad gozase ella y la madre del dicho Antonio Gutiérrez, la cual falleció, y a causa de ello se puso la parte de la susodicha en cabeza de Su Majes-

13. Alonso del Castillo Maldonado, superviviente de la fracasada expedición de Pánfilo de Narváez, es uno de los acompañantes de Alvar Núñez Cabeza de Vaca. Icaza hace la siguiente mención en su *Diccionario*: «Castillo Maldonado; es fallecido; dexó hijos; dize que es natural de la ciudad de Salamanca, y hijo del doctor Castillo y de doña Aldonça Maldonado; y que tovo muchos deudos que an servido a Su Magestad, teniendo officios preeminentes de justicia en su Corte y en esta Nueva España; y que pasó a estas partes el año veynte y siete, con Pánfilo de Narváez, para la Florida, de donde pasó muchos trabajos y estovo casi nueve años que se casó en esta çiudad, y tiene tres hijos e hijas; y que para perpetuarse en esta tierra; vendió su legítima, la qual ha gastado para sustentarse, atento a lo qual, Su Magestad le hizo merçed de una çedula, porque no embargante que tovese yndios, Vuestra Señoría Illustrísima le diesse corregimiento en lo más comarcano a esta çiudad; y que tiene en encomyenda la quarta parte de Teguacán» (187). Otro de los que aparecen citados en el presente *Diccionario* fue Andrés Dorantes, Icaza 1: 195-96. Interesa mencionar que Alvar Núñez Cabeza de Vaca casó con María Marmolejo, española de origen converso y que muy bien pudiera ser pariente muy cercana de Antonio Marmolejo y de su hija Guiomar (Véase mi artículo «Nuevas aportaciones documentales para la biografía de Alvar Núñez cabeza de Vaca»).

tad, por manera que solamente le quedó a ella la cuarta parte de que al presente sirve; y que casó tercera vez con Juan de Vargas, del cual le quedaron un hijo y una hija; por manera que tiene cuatro hijos; y la dicha cuarta parte del dicho pueblo es muy poca cosa, y no puede con ella sustentarse, especialmente siendo, como son, sus primeros hijos de conquistador, y que ella hace más de veinte años que está en esta Nueva España (Icaza 1: 184-185).

María Corral, viuda «por excelencia», fue el prototipo de mujer fuerte que sobrevivió a la tragedia de sus maridos y que pudo sacar adelante a todos los hijos de éstos. Ella personificará a la madre que supo transmitir su lengua y su cultura de tal forma que quinientos años después sus descendientes seguirán hablando con ese acento que un día María trajera de su querida Andalucía.

Doña Marina, mujer del Tesorero Alonso de Estrada

No declara su naturaleza ni quien fueron sus padres; que es mujer legítima de Alonso de Estrada, tesorero general que fue de Su Majestad en esta Nueva España, y gobernador de ella, el cual siempre sirvió al Rey Católico, y después a Su Majestad en Flandes, de donde le envió a Málaga con cargo de almirante, de donde le mandó ir a la isla de Sicilia, donde estuvo en cosas de su Real servicio más de tres años, y venido de allí, le sirvió en las comunidades, en cosas muy importantes, las cuales acabadas, le proveyó por tesorero de esta Nueva España, y vino a ella con su casa, mujer e hijos, el año de veintitrés; y sirvió en el dicho cargo y dio muy buena cuenta de la Real hacienda, y gobernó esta tierra en nombre de Su Majestad, muy bien, e hizo conquistar las provincias de Chiapa y los Cipotecas, y poblar en ella las tres poblaciones que al presente hay, de donde gastó mucho de su hacienda por proveer a los que allá iban, y no tomó para sí nada, y dio buena residencia; y que tiene cuatro hijas, casadas las tres, con el tesorero, y Francisco Vázquez y Jorge de Alvarado, a quién dio el dicho su marido todo cuanto tenía, y dos hijos y once nietos; y que es gran pobladora, y lo ha sido, y quedó en gran necesidad, por lo cual no ha traído a esta tierra a su hijo el mayor; y que ahora envía por él; y tiene una hija doncella para casar; particularmente suplica a Vuestra Señoría Ilustrísima, por ella y por el hijo; y que tiene el pueblo de Tehualhuaca, que es de muy poco provecho; pide ser remunerada ella y sus hijos, por lo que sirvió su marido (Icaza 1: 219-220).

Esta doña Marina, que no se trata de la intérprete de Cortés, personificará a la mujer pobladora que pese a tener más de lo necesario para quedarse en España, arriesgará toda su hacienda para extender esa imaginaria frontera de la cristiandad, al igual que sus antepasadas hicieron por casi ocho siglos en una lucha, muchas veces fraternal, entre el cristianismo y el islam. Serán mujeres de todos los estratos sociales las que llegarán al Nuevo Mundo.

Francisca de Valenzuela, no

Declara la naturaleza, y que es mujer de Pedro de Salamanca, e hija de Gregorio de Valenzuela, criado que ha sido de los señores Marqueses de Mondéjar, padre y hermano de Vuestra Señoría Ilustrísima, con el cual fue a Argel en la armada que llevó habrá treinta años, donde le cautivaron y estuvo mucho tiempo cautivo en poder de Barbaroja, y que ella ha seis años que vino a esta Nueva España, casada, y trujo una hija y un hijo de otro marido que tuvo, y la hija para casar, y que está muy pobre y padece necesidad grande, y lo sabe Bernaldino Vázquez de Tapia y Antonio de Carvajal (Icaza 2: 57).

Francisca Valenzuela personificará a todas aquellas que en una sociedad altamente estratificada como la peninsular nunca hubiesen podido pasar a ser señoras porque sus padres nunca lo fueron, pero que no estará dispuesta a que sus hijos corran la misma suerte, decidiendo probar fortuna también en tierras americanas donde no existía la misma rigidez social y sus hijos muy bien podrían llegar a ser algún día «alguien».

Marina Vélez de Ortega, dice

Que es vecina de la ciudad de los Angeles, y natural de Guadalcanal [España], e hija legítima de Antón Ruiz de Ortega y de Catalina Martín, y que es mujer de Cristóbal Martín Camacho, natural de Moguer, el cual pasó a esta Nueva España con Garay, y sirvió a Su Majestad en algunas conquistas de ella, y no declara cuales, y *que es una de las primeras mujeres que vinieron a esta Nueva España, y una de las primeras vecinas de la dicha ciudad de los Angeles*, donde siempre ha tenido su casa poblada con cinco doncellas huérfanas, criándolas e industriándolas desde niñas, a su costa, entre las cuales tiene una hija legítima de Juan Gómez de Peñaparda, conquistador de esta Nueva España; y que todas son muy pobres, y ella con ellas, y padece necesidad (Icaza 2: 188).

Marina Vélez, que si estuviera presente diría cuatro cosas a todos aquellos historiadores que han negado y todavía siguen negando su propia existencia y la de sus hijas diciendo que ellas no vinieron a colonizar, personificará a todas las madres que como ella vinieron dispuestas a dar todo por sus hijos y este caso también por el de los ajenos.

Doña Catalina de Salazar, dice

Que es hija de Gonzalo de Salazar, y que es notorio que estando su marido de camino para venir en estas partes falleció, y que ella está en ellas, y *trajo consigo dos hijos y una hija, con intención de permanecer, y casarlos en estas partes; para que sirvan a Su Majestad como lo han hecho sus antepasados* (Icaza 2: 290).

Doña Catalina personificará a todas las españolas que aún habiendo perdido a sus maridos en el viaje o en las guerras, no se echarán atrás sino que se quedarán con la intención de sacar adelante a sus hijos y «permanecer» para siempre en la otra orilla.

Con estas breves citas documentadas y personificaciones imaginarias abrimos paso a la historia y hechos más sobresalientes de algunas mujeres que, como las antes mencionadas, prefirieron seguir sus sueños y sus ideales aún a riesgo de sus vidas y la de los suyos antes que quedarse en la península llevando una vida de horizontes económicos mucho más limitados. Su identidad no se reduce pues a los hechos más destacados atribuidos a sus padres o sus maridos, como indican las citas anteriores, sino a lo que ellas hicieron día a día por sí mismas y de lo que, por ser mujeres, pocas veces quedó constancia.

Dedicatoria

Este libro está dedicado a todas las mujeres que puedan leerlo, sean del lugar que sean, y a todos los hombres que tengan interés en hechos realizados por mujeres. Quiero agradecer especialmente el apoyo documental recibido de María José Luna del Instituto Hispano Cubano de Sevilla; de Julio García, José Mejía, Esther González Ibarra y Asunción Miralles de la Real Academia de la Historia, José Delgado Casado de la Biblioteca Nacional, a Isabel Aguirre del Archivo de Simancas y Pilar Lázaro de la Escurra del Archivo de Indias, así como el de todos aquellos que a lo largo de los años me han apoyado en diferentes archivos y bibliotecas. Pero este libro está personalmente dedicado a tres mujeres fuertes, mi hermana Vivian pobladora y luchadora ejemplar, mi querida compañera Tania Arias, historiadora y traductora, que ha tenido la paciencia de revisar la versión final del manuscrito de este libro, y a mi madre, por ser un estímulo constante de nuevas investigaciones.

Quiero agradecer a José Luis Canet y a su equipo editorial el extraordinario trabajo que están haciendo con su publicación electrónica *Lemir*. Los que llevamos varios años en el mundo académico sabemos que mantener un diálogo a través de publicaciones académicas tradicionales es muy difícil y en algunos casos prácticamente imposible. Si un artículo tarda unos tres años en salir (siempre en caso de que no surjan problemas) y otro respondiendo a éste tarda lo mismo, ya tenemos un lapso de seis años; si a ello le añadimos un año o dos hasta que se tiene noticia de dónde ha salido, el resultado es un periodo de tiempo demasiado largo. La capacidad de diálogo que nos brinda una publicación electrónica hecha con rigor y profesionalidad no tiene precio, sobre todo si no cuesta nada suscribirse. Es cierto que en el mundo académico y universitario tradicional, uno de los más inmovilistas, existe cierta resistencia a adoptar esta manera de publicación y que todavía pasarán algunos años antes de que nos demos cuenta de que no existe otra manera mejor de exponer nuestras ideas y conocimientos. Entre la posibilidad de publicar un trabajo que leerán un número muy limitado de lectores, dado que para leerlo hay que tener acceso a bibliotecas universitarias, o tener la oportunidad de exponerlo a todo el mundo, me inclino por la última opción aunque no se reciba remuneración.

También quiero agradecer a la Universidad de Vermont el haberme proporcionado un sabático para poder dedicarlo por entero a la búsqueda, obtención y transcripción de documentos y textos de narraciones españolas antiguas sobre temas americanos. La biblioteca Bayle-Howe de la universidad de Vermont y su excelente grupo de profesionales han hecho posible la localización de textos en remotas bibliotecas nacionales y extranjeras. Finalmente, pero no por ello en último lugar, agradecer la colaboración de mi querido hermano Hernando Maura al ilustrar el presente libro con cinco ilustraciones originales de escenas ultramarinas.

